

CAPÍTULO 1

El disc-jockey anunciaba por megafonía: “Esta noche inauguraremos la nueva iluminación del cuarto oscuro”, escuchándose las risas de los presentes justo en el momento en que el striptease comenzaba a cobrar fuerza, las parejas iban abandonando la zona de juego para unirse al espectáculo.

La canción de Joe Cocker: “You can leave your hat on” iba aglutinando a todo el personal que esa noche estaba en la sala, alrededor de la pareja que había iniciado el baile en torno a la barra. La sensualidad de ambos iba subiendo de tono. Él, con el torso ya descubierto, la incitaba a ella a recorrerlo con sus manos untadas de aceite... Mientras empezaba a quitarle la ropa.

La sala liberal “Éxtasy”, era una de las más visitadas de Madrid. Situada en una de las calles menos concurridas del barrio de Moratalaz. El público que asistía a este local en buena parte pertenecía al mundo swinger, parejas consolidadas de muchos años e compartían una manera de vivir el juego del sexo con personas de tendencias similares. En este lugar también se permitía la entrada a chicos y chicas solos, pero su relación con una pareja estaba limitada al consentimiento de ésta, solo así podían pasar a la zona reservada para ellas.

Estaba abierta al público todos los días desde las tres de la tarde hasta altas horas de la madrugada; lo que daba lugar a que muchos amantes se vieran allí en determinadas horas de la tarde, y así podrían ocultarse de dar pie a habladurías de su entorno de trabajo y familiar. El hecho de quedar en una sala de este tipo tenía más encanto que verse en un hotel, porque se podían cumplir muchas fantasías con otras personas de ideas similares pues el ambiente incitaba al dulce pecado del placer.

Dentro del cuarto oscuro, una pareja llevaba un rato jugando cuando alguien corrió las cortinas que tapaban el acceso y preservaban la oscuridad de la estancia. La escasa luz del pasillo apenas podía hacer visible su figura.

—¿Puedo participar? —preguntó la persona que estaba entrando en la oscura estancia.

—Por supuesto —respondió el hombre que estaba dentro— me apetece disfrutar de tu cuerpo.

—Tu voz me suena —comentó un tanto extrañada la mujer que acompañaba en el interior al hombre.

—Así es —respondió quien había pedido permiso.

La algarabía era cada vez más intensa, la música iba caldeando el ánimo de todos los que estaban arremolinados en torno a la pareja. Ella se había despojado de casi toda la ropa, y en el momento en que él se pegaba a ella intentando descubrir su tanga; ella se elevó en la barra y bailó deslizándose en círculo hasta el suelo provocando en todos los gritos de:

—¡Sigue...!

Dentro del cuarto oscuro se percibían gemidos de placer mientras los gritos afuera se sucedían. Ella recorrió con sus manos la figura de quien acababa de entrar y percibió su aroma que le resultaba cercano. Los suspiros apasionados que inicialmente se habían escuchado en el cuarto, se transformaron en quejidos agónicos.

Se hizo el silencio y la persona que se había incorporado salió ensangrentada hacia las duchas, situadas frente al cuarto oscuro. Su cara desencajada no pudo ser vista al encontrarse todos atentos a la función que ese día se ofrecía en exclusiva. Entró en la última ducha después de recorrer el pasillo donde estaban los aseos, por si alguien entraba mientras se estaba lavando. Intentó respirar para tratar de oxigenarse y no caer al suelo por la impresión. Se colocó justo debajo de la ducha. Pulsó con el codo derecho muy tembloroso el botón del agua caliente y el chorro comenzó a deslizarse por todo su cuerpo, la sangre hacía carril por los azulejos y le costó quitarse todas las marcas. Después esperó a que se lavasen bien los baldosines de las paredes que había salpicado en un rojo intenso, mientras con las manos intentó frotarse el pecho y las piernas. En pocos minutos se dirigió hacia las taquillas, tratando de terminar de secarse con la toalla que el personal de la sala siempre ponía a disposición de los clientes en un armario situado justo al lado de las duchas.

Cuando llegó a su taquilla, desechó la toalla en el cesto del que cuando terminaba la noche eran recogidas y donde siempre la había dejado en otras ocasiones.

Se sacó la pulsera con las llaves que a la entrada le habían proporcionado, y después de comprobar cuál era el número que tenía impreso en la puerta, abrió con dificultad la suya.

Se puso la ropa con relativa rapidez, y salió de la zona de parejas a espaldas de la gente que seguía con atención el espectáculo.

Momentos después salía del local viendo llegar cuando estaba alejándose, dos coches de la Policía con las sirenas marcando la urgencia.

Las tres de la mañana. La calle estaba desierta. Por la puerta de entrada al local iba saliendo gente fuera escapando para no ser retenidos. Las persianas de algunas ventanas se iban levantando y poco a poco las fachadas se fueron iluminando. Algunos vecinos comenzaron a asomarse permaneciendo alerta y comunicándose de balcón a balcón, intentando averiguar qué había podido ocurrir, aguantando aunque el frío era intenso. Mientras, en el interior los agentes con la colaboración de los responsables del negocio trataban de poner orden ante el caos que se sobrevino. Los curiosos desde el interior de sus viviendas permanecieron expectantes hasta ver como sacaban dos cuerpos sin vida de la sala liberal, Éxtasy.

CAPÍTULO 2

Eran las seis y media de la mañana. Linda desayunaba en la cocina para dirigirse a trabajar, la habían llamado para incorporarse a las ocho. Sentada con la mirada perdida intentando recuperarse de la mala noche que había pasado. A veces al levantarse sola en la casa daba un repaso a algunos momentos de su vida y cuando recordaba los instantes gratificantes vividos se encontraba más animada. El café y el aroma que desprendía era lo único que conseguía levantar ese espíritu cansado que siempre al amanecer arrastraba.

La cocina era grande y cuadrada. En el centro sobre la mesa, una orquídea exuberante adornaba esa parte la casa donde siempre se sinceraba con sus pensamientos. La ventana amplia le permitía recibir toda la luz que necesitaba para mantenerse. Se encontraba centrada en sus reflexiones y...

De pronto sonó el teléfono y se sobresaltó.

Recorrió los pocos pasos que la separaban del lugar donde estaba ubicado. El salón era alargado; sobre la mesa donde se encontraba la televisión, un sinfín de pequeñas fotos le hablaban de sus padres, los cuales desgraciadamente ya no estaban, pero siempre al pasar les echaba una mirada. En la casa al estar diseñada en una planta, aunque el garaje estaba debajo, la movilidad de un habitáculo a otro era sencilla.

Había pasado su infancia en la costa de Andalucía y estaba habituada a las temperaturas cálidas. A pesar de los años que llevaba en Madrid, no acababa de hacerse a los inviernos secos y fríos. Por este motivo llevaba mal la noche y a la hora de irse a la cama no conseguía dormir provista de un exceso de ropa. La vivienda tenía tres habitaciones pero ella decidió instalarse en la que estaba más próxima a la cocina, aunque era más pequeña que las otras dos, daba a una terraza orientada al este. Le encantaba ver salir el sol, le recordaba a los amaneceres en la playa. Además desde la terraza veía el pequeño jardín trasero en el que siempre tenía muchas plantas.

Con el paso cansado llegó hasta el aparato.

Descolgó y al otro lado se escuchó una voz seria y femenina:

—Le habla la inspectora Iranda Reinaldo, de la Guardia Civil. Perdona la hora tan temprana. ¿Es usted familiar de Conrado Lastres Muñoz?

—Sí. Soy su mujer —dijo ella, intentando espabilarse.

—Siento darle malas noticias a estas horas de la madrugada. Hemos encontrado un cuerpo sin vida en las inmediaciones del retiro, aquí en Madrid —le habló la inspectora— y entre sus pertenencias estaba el DNI que corresponde a su esposo.

—Eso es imposible, debe de ser un error —respondió ella— mi marido está en Barcelona, en un congreso de medicina. Hablé con él a las once de la noche y se encontraba cenando en el restaurante del hotel donde se aloja, acompañado por los compañeros del hospital.